D. JOSE RIVERA.

Hácia el año de 1609, vivia en la ciudad de Roma el jóven D. José Rivera, y á pesar que no contaba mas que 16 años, recorria ya cubierto de andrajos las calles de la ciudad, contemplando las fachadas de sus casas, las plazas, los jardines, las iglésias, y estudiando en todos los sítios de donde no le repulsaba su miséria, las obras maestras de los artistas de todas épocas. Vivia allí sin padres, sin amigos, sin persona alguna que pudiera interesarse por él. Era poco robusto, y su salud se encontraba muy quebrantada por las privaciones contínuas de su vida miserable; no obstante, conservaba una grande energía de carácter, y verdadero castellano, era tan orgulloso de su orígen español, que sus compañeros le dieron el sobrenombre del *Españoleto*, aludiendo á su pequeña estatura.

Su padre era natural de Múrcia segun unos, y de Valéncia segun otros, y pertenecía á una família distinguida de esta ciudad, y que gozaba de grande consideracion en las dos Castillas. Tuvo tres hijos, de los cuales dedicó dos á la carrera de las armas, y conociendo que la compléxion de Rivera, que era el menor de los tres, no le permitía abrazar esta carrera, le hizo emprender la eclesiástica y le envió á la universidad de Valéncia.

Allí encontró entre sus condiscípulos á un hijo del pintor Ribotta, quien tuvo ocásion de admirar su talento, y mandó inmediatamente á su hijo que lo trajese á su taller. En poco tiempo hizo bajo la direccion de éste progresos tan rápidos, que sus padres consintieron que abandonase la carrera de las letras, para dedicarse esclusivamente á un arte, para el que mostraba tan brillantes disposiciones, y se decidieron á dejarle partir para Itália. Allí encontró á su hermano mayor, que mandaba una compañía de españoles, pero los sucesos de la guerra obligó bien pronto á separarse á los dos hermanos, y Rivera quedó solo, sin recursos de ninguna espécie en un pais, cuya léngua ignoraba todavía. Entonces se determinó á ir á Roma, donde pasó los dias enteros estudiando, y por la noche dórmia sobre el suelo, ó al abrigo de un pórtico. La finura de sus dibujos y el esmero con que los concluia, le distinguieron bien pronto entre todos los demas jóvenes que se dedicaban á este mismo estúdio.

Un dia que dibujaba delante de una casa algunas figuras de Polidoro de Caravágio, un cardenal español que pasaba por allí, se puso á observarle, y acercándose á él le preguntó acerca de su posicion, ideas y médios de subsisténcia. Rivera le contó brevemente su desgraciada história, y el cardenal conmovido de su miséria, al própio tiempo que estimulado por su aplicácion, le hizo subir á su coche, y le alojó en su

pálacio, dejándole todo el tiempo libre para sus estúdios.

Allí disfrutó de todo el regalo, y de todas las comodidades por espácio de algunos meses, hasta que un dia se puso á meditar en el tiempo que habia perdido, y en la nulidad en que le constituía su nuevo método de vida; entonces dejó sus vestidos brillantes por sus andrajos, y sus comidas espléndidas por un pedazo de pan, que pudieran prodigarle sus compañeros, y reconvenido por el cardenal de su ingratitud, respondió que la indoléncia y la ociosidad le estaban prohibidas, y que créia lo mejor el partido que acababa de adoptar.

Entonces se dedicó al estúdio de las esculturas antíguas, y de las obras de los artistas de la Itália moderna, pero daba su preferéncia á las de Jules Romano, á las de Polidoro, y sobre todo á las pinturas venitenses de que estaban llenas las iglésias. Un dia llegó á ver en la de S. Luis de Fráncia, las obras de Miguel Angiol de Caravágio, las cuales dispertaron toda su admiracion, particularmente la convérsion de S. Pablo, obra consumada de este pintor. Hasta entonces habia admirado á Rafael, á Ticiano, á Miguel Angel, aquel dia se veia ya confundido, anonadado, y no se atrevia á moverse, por no perder el alagüeño encanto que le proporcionaba aquel cuadro, que le hacia conocer en su autor á su maestro y á su Dios.

Desde entonces su pensamiento fue solo el acercarse al hombre que pudiera enseñarle una pintura de esta espécie, y cada vez que se le presentaba esta idea fluctuaba entre el temor y el deseo. Muchas veces llegó á acercarse á los umbrales de su puerta, y otras tantas le retrajo el temor de hablar á un hombre tan grande: un dia se decidió enteramente á dirigirle la palabra, y solo le dijo, "desearia veros pintar." Caravágio continuando su camino, y echándole una mirada penetrante que le dejó confundido, le respondió, "sígueme" y se puso á pintar en su presénciá con todo el poder del ingénio y del talento. Mañana, le dijo luego que concluyó, mañana tú vendrás á pintar. ¡Mañana repitió el jóven Rivera, mañana...! Y no acertaba á contemplar lo que pasaba en su alma. Al dia siguiente pintó, y continuó recibiendo sus lecciones por largo tiempo.

Acompañó á Caravágio á Nápoles, y trabajó en su taller durante dos años, que pasó en esta villa en su compañía.

Rivera empezó á hacer una fortuna considerable, merced á sus talentos y aplicacion, y el virey D. Pedro, duque de Osuna, le nombró su primer pintor, con una pénsion considerable. Hizo várias pinturas para las iglésias de Nápoles, y cada dia se notaba mas el vigor, la verdad y la precision en sus obras. La ultima de éstas, es tan perfecta y luminosa, que á no tener el nombre de su autor, se creería era la obra maestra de Corrégio.

Ténia en su casa las reuniones mas brillantes, á las que sólian asistir todos los principales señores de la corte, y aun el mismo virey D. Juan de Aústria, sólia honrarlas con su presénciá; en ellas bailaban, daban conciertos, y Rivera sacaba de estas reuniones mil médios con que disponer sus grupos para trasladarlos al pincel.

Su costumbre diária era pasear á caballo por las mañanas, y despues retirarse á su trabajo, el cual tomaba con tanta afícion, que se le pasaban los dias enteros sin comer ni beber, y se vió precisado á tomar un hombre que le avisase las horas de tomar su alimento.

Sus obras mas notables, y que mas renombre le adquirieron fueron: la de S. Francisco Javier de la capilla real, y la de S. Gerónimo, cuya imágen se complácia en reproducir de tal modo, que solo en el palácio de Ponfili en Roma, se encuentran 53 enteramente diferentes los unos de los otros.

El talento de este hombre nervioso é irritable, su precision y su vigor son superiores á todo elógio: su pintura tiene siempre una fuerza de color y un efecto tal, que ninguno ha podido esceder. Elegía con preferéncia los objetos terribles y melancólicos, y sus mártires les pintaba en el momento mas atroz de sus tormentos. Mucho mas pudiéramos decir de este célebre pintor, si lo permitiesen los estrechos límites de nuestro periódico, pero antes de concluir, no podemos menos de manifestar que ha dejado un sin número de pinturas al água fuerte, que son muy estimadas, y que entre ellas merecen la preferéncia una Bacanal, un S. Gerónimo, y el retrato de D. Juan de Austria á caballo, obras todas de un mérito nada comun, y que contribuyeron á aumentar la glória, que con tanto fundamento goza este célebre pintor.

La gran protéccion que le dispensaba el bastardo de Felipe IV, era objeto de las hablillas del malicioso vulgo, que supuso que la causaba el grande amor que ténia el virey á su hija mayor. Sabido por Rivera, partió lleno de pesar de Nápoles, sin que haya podido volverse á saber de él. Los autores están discordes sobre la pátria del Españoleto, los unos quieren fuese hijo de Gallipoli en el reino de Nápoles, y otros de S. Felipe de Játiva en España; esta opinion, que es la mas admitida, presenta mas visos de verdad.

AÑO DE 1212.

1.°

Multitud de guerreros obstruian las calles de la imperial Toledo. El sol de júnio reverberaba sus ardientes rayos sobre los brillantes petos y rodelas, sobre los yelmos adornados de vistosos penachos. En todas partes se veian dalmáticas blancas, verdes y rojas. Los caballeros ostentaban sobre sus pechos las cruces de las órdenes á que pertenecian, y las bandas de las hermosas que adoraban. Ya los pajes donceles y

escuderos engalaban los palafrenes de sus señores. De un momento á otro se espera una señal, á esta señal mas de 80,000 hombres se deben poner en movimiento. Esta señal se aguarda con impaciéncia, esta señal se oye por fin. El clarin se escucha en todos los ángulos de Toledo, el clarin anunciaba que habia llegado la hora de partir y de trocar los placéres que ofrecia la corte de D. Alonso por las penalidades de la guerra. Mas sin embargo, todos oyen con júbilo el instrumento bélico: la alegria anima el rostro de todos los bravos españoles; todos anhelan volará la lid y postrar la sobérbia del bárbaro Miramamolin Mahomad. Todos anhelan medir sus armas con el hombre verde (1), todos quieren disputarse el honor de hacerle morder la arena en el combate. Hasta los ancianos, hasta las mas tímidas doncellas, si lloran, no es el temor el que motiva su llanto; el placer mas bien era el que hacia arrasar en lágrimas sus hermosos ojos. El corazon presagiaba á la mayor parte de las hermosas toledanas que las bandas y cintas en que se leian sus preciosos nombres, no serian objeto de escárnio de los infieles. Casi entremédio de los caballos y de la inmensa polvareda que levantan, caminan hasta bien lejos de la ciudad, y si dejan de acompañar al ejército aliado no es por sentir la fatiga ó el ardor del sol. Los mismos guerreros las obligan, los mismos guerreros las dicen, ya no se divisan las torres de Toledo: el sol toca ya al fin de su carrera, volved á la ciudad. Jamas desconfieis de la victória. En médio de la lid el recuérdo de vuestras grácias, y el favor de Dios hará invencibles nuestros brazos. El guion de la fe tremolará triunfante en los campos de Andalucia á pesar del hombre verde y á favor de vuestras plegárias. Al decir esto, todos los clarines sonaron á la vez. El ejército aceleró el paso y las bellas tuvieron que dar el á Dios último á los defensores de la fe.

2.°

Era de noche. El descontento reinaba en todo el campo cristiano; los soldados divididos en diversos grupos y corrillos al pie de sus reales, situádos á la falda de Sierra-morena, se escitaban mutuamente á la desercion. Los reyes de Castilla, Aragon y Navarra, los prelados, maestres de las órdenes y capitanes conferenciaban en la tienda real. La cuestion era de glória ó ignomínia. El ejército debia forzar el puerto de Losa defendido por Mahomad, ó desprenderse de los laureles que pocos dias antes se habían ceñido en Malagon, Calatrava y Alarcos. De avanzar, las consecuencias parecian terribles; muy pocos se atrevian á aventurar semejante proposicion; ¿pero era fácil retroceder? No. El honor de España se interesaba en ello, y los cristiános preferían la muerte al vilipéndio. En médio de esta irresolucion se presentó en la tienda un anciano de apacible mirar y preséncia noble. En vez de lanza empuñaban sus manos un cayado; en vez de peto miserables andrajos cubrian su cuerpo casi desnudo. ¿Quién eres? le preguntó D. Alonso en el momento que le vió. ¡Guárdias! — Un momento, poderoso señor: replicó el anciano. Mi preséncia no os debe escitar inquietud alguna. Sé que necesitais de mí; vengo á ofreceros mi ayuda. Todos quedaron admirados al oir las razones del recien llegado, y él prosiguió. Nacido en estas sierras, y no habiéndolas abandonado jamas, nadie mejor que yo conoce sus ásperas fragosidades, ni sus muchos atajos y veredas. Quereis dominar la cumbre; Mahomad lo impide: seguidme, y mañana ya no reposará ese herege en su tienda de seda carmesí.— Anciano ¿nos dices la verdad? — Al Dios que defendeis, y que yo adoro, pongo por testigo. El hombre que jamas aparta de sí este signo de nuestra redencion, esta cruz que he sabido ocultar á la vista de los infieles, no puede engañar al rey de Castilla.— Seras un angel si cumples lo que ofreces.

En el mismo instante comisionó el rey á D. Diego de Haro y Garci Romero para que con algunas compañías siguiesen al anciano y se cerciorasen si era posible lo que prometia. Los dos caudillos obedecen al punto las órdenes del monarca, y seguidos de los suyos se internan en la sierra. Aquellos hombres parecia que caminaban á la muerte; en cualquiera parte que fijasen sus miradas veian un precipício, por todas partes una tumba. Casi á la mitad de su camino D. Diego hizo alto, y sin embargo de que jamas habia conocido el miedo no pudo menos de recelar; se creyó vendido, preparó sus armas, y á su imitacion todos cuantos le seguian; se habia oido el toque de un clarin, cuyo sonido se prolongaba mucho mas con el siléncio de la noche.

3.°

Apenas podia dar crédito Mahomad á las notícias que sus soldados le contaban. Los cristianos habian fustrado sus proyectos, eran ya dueños de la sierra. El guion de la fe ondeaba casi á su vista. Los rayos del sol reflejados sobre las brillantes armaduras de los adalides cristianos, y las innumerables picas deslumbraban sus ojos. No era posible esquivar la batalla que los católicos le presentaban. Los mas afamados capitanes se hallaban á su cabeza. D. Diego de Haro mandaba la vanguárdia, en la que se contaban mas de ocho mil caballos. El centro lo componian los caballeros templários y demas órdenes sagradas, y estaba á su frente el invencible D. Gonzalo Nuñez. El rey del Navarra flanqueaba el lado derecho y el izquierdo el de Aragon. Cubria la retaguárdia el rey de Castilla, el arzobispo D. Rodrigo, y los obispos D. Tello, Don Pedro y D. Menendo. Las trompetas de los cristianos anunciaron que habia llegado la hora de pelear; al sonido de estas respondieron las de los moros. Ambos ejércitos se acometen; las lanzas moriscas y cris-

(1) Llamábanle asi porque llevaba siempre un turbante de este color.

tianas se cruzan por todas partes, los dardos silvan, las espadas toledanas y las cimitarras damasquinas crujen y centellean por todo el campo. El combate se hace general, y en breve tiempo una nube de polvo cubre á los dos ejércitos. Las voces de los caudillos se confunden entre el estruendo de las armas: el suelo se cubre de cadáveres; la sangre corre por todas partes: á poco tiempo únicamente ayes, lamentos y alaridos lanzan millares de víctimas caidas en la arena, que luchando con las bascas de la muerte espiran magulladas por el tropel de los caballos.

La victória vuela de una á otra parte, y duda y titubea quien es el acreedor á su corona. Inmensa voceria se escucha en uno de los campos; ya la saludan, ya la aclaman. Son los infieles. El estandarte de la média luna avanza y ondea por todas partes; últimamente los cristianos pierden. Mas no escrito estaba. El 16 de júlio debia de ser un dia de glória para los españoles; un dia que siempre se debia recordar con orgullo y lo fue. D. Alonso simple espectador hasta entonces, avanza con sus gentes, siembra la muerte y horror por todas partes, reanima el valor amortiguado de los combatientes, y bien pronto el terrible Mahomad huye precipitado y no se cree seguro ni aun en el centro de Jaen. Los clarines suenan segunda vez; por todas partes se oye una sola voz. Victória, gritan los castellanos no teniendo enemigos que combatir. La victória les entregó los inmensos tesoros del contrário, los fuertes de Ferral, Bilche, Baños, Baeza, Ubeda y Tolosa de las Navas, de donde tomó nombre la accion.

A. G.

La Fuga.

I.

Misteriosa una barquilla
surca callada laguna,
rasgan las ondas su quilla;
en el cielo blanca brilla
entre vapores la luna.
Rije solo un remador
en su ruta al frágil leño,
y hácia la playa de amor
impulsa con firme ardor
que allí lo espera su dueño.
Macizo el yelmo no abruma
del guerrero la ancha frente,
negra tremola la pluma
y blanca como la espuma
viste armadura luciente.
Al compas del remo duro
que azota el lago, de amor
exhala el afecto puro
y con acento inseguro
asi canta el remador.

"Beldad hechicera
que anhelas amante
el plácido instante
de ansiada reunion,
al rayo de plata
del alma lucina
te encuentre, ó divina,
sobre alto torreon.
Y al verme gozosa
Tu amoroso acento
me dé nuevo aliento
y noble valor:
tus brazos me ciñan....
un ósculo ardiente
tu labia en mi frente
imprima de amor.
Ya el cielo corona
con mirto, risueño,
el májico sueño,
la hermosa ilusion;
beldad hechicera
que anhelas constante
el plácido instante
de ansiada reunion."

Así cantó: en la arena
el frágil batel toco.
Al pié de gótica almena
la barquilla á una cadena
el guerrero sujetó.

II.

.....

No me mintieron... es cierto...
esta es la barca... ¡traidor!
de celos el torcedor
voráz sepulcro te ha abierto.
¡Venganza, venganza atroz!
bárbara venganza quiero...
no te matará mi acero...
no te aterrará mi voz.
Los dos, los dos morirán:
que la pérfida sucumba...
amor os abre la tumba...
asi premia vuestro afan.
Dijo siniestro un guerrero
y á la barquilla llegó:
una tabla desquició:
luego partióse lijero.

III.

Un pardo castillo
antíguo elevaba
gigantes almenas
que el cielo tocaban.
La luna entre brumas
espesas y opacas
ocultara entonces
su faz argentada.
Amante el guerrero
llegó á la muralla
con largo gabane
cubiertas las armas.
Del foso al rastrillo
llegado se para.
¡Amor, amor,
amor y valor!
gritára.
Atento el soldado
respuesta esperaba;
del muro un acento,

Del foso al rastrillo
Llegado se para.

Amor amor,
amor y valor
gritaba.

¡ amor, amor
amor y valor!
contestára.
Crugiendo cayera
la puente pesada,
hermosa doncella
por cima pasara.
¡ Matilde... ! ¡ Mi Alfredo... !
ambos se abrazáran...
palpitan sus senos:
se mezclan sus almas.

Partamos dueño adorado,
dice el amante guerrero,
pues feliz te he libertado
de ese monstruo despiadado
tu tirano y carcelero.
Ya solo, muger hermosa
suspirarás cariñosa
sobre mi férvido seno.....
solo libaré el veneno
de esa tu boca de rosa.
No mas acerbos enojos
marchitarán tu hermosura
entre muros y cerrojos,
no mas verterán tus ojos
triste llanto de amargura.
De cándido fresco lírio
orlaré tu pura frente:
en amoroso delirio
el ya pasado martírio
arrancaré de mi mente.
Ya se presenta risueño
y adorado el porvenir:
como un delicioso sueño,
hermoso...como mi dueño
con su magico reir.
No ya en mi frente marchita
la estampa del dolor fiero
se leerá con fuego escrita.....
mi existéncia es ya bendita
y solo ventura espero.
Deja faustosos salones,
partamos, bella Matilde,
un porvenir de emociones
un porvenir de pasiones
te ofrece mi suerte humilde.

Luego presurosos
llegan á la playa,
en la nave leve
al punto se embarcan.
La cortante quilla
la laguna rasga,
el aura apacible
amante los baña.

IV.

Azul la bóveda
el cielo ostenta;
la luna cándida
plata riela
sobre la nítida
laguna tersa.
El barco rápido
en su carrera
veloz cual céfiro
fugaz se aleja.
A amor los prófugos
ciegos se entregan.
Fortuna próspera
tan solo esperan.
La frente pálida
de la belleza
con lábio férvido
Alfredo besa.
Un sueño mágico
de amor semeja.
Con soplo lánguido
Favónio peina
sus rizos fúlgidos
que al oro afrentan.
El barco súbito
despareciera.....
un grito lúgubre
solo resuena. — *A.*

Mayo de 1837.

De las artes desde la desaparicion de Pompeya y Herculano, hasta su restauracion, y del museo de antigüedades de la Biblioteca Nacional.

Bajo el cetro de yerro del cruel Neron, todavía gozaban las artes en Roma casi de todo su esplendor; pero asustadas de la tiranía de este mónstruo de la humanidad, empezaron á esconderse desde entonces, pues la libertad y la confianza han sido en todas épocas, el escudo á cuya sombra han florecido: ejemplo de ello los tiempos libres y tranquilos de la Grecia y de la república romana, en cuyas felices épocas llegaron al apogeo de su perfeccion. Empero como si presagiasen que al tirano habian de seguir tiranos, y que llegaria un tiempo en que las obras maestras del arte habian de perecer al furor de las pasiones humanas, y ser tambien el blanco del vandalismo y la barbárie, una gran parte de los preciosos objetos que entonces formaban las glórias de los mejores artistas, prefirió esconderse en las entrañas de la tierra, y bajo las ardientes cenizas del volcan, á sufrir ser profanadas por manos fanáticas é ignorantes.

Las famosas ciudades de Herculano, Pompeya y Stabia, cuyo origen griego se remonta hasta los tiempos fabulosos, estaban sometidas á los romanos tres siglos antes de la era vulgar; la bella perspectiva de sus casas hacia campear la magnificencia arquitectónica que tanto honor hace todavia á los griegos, y en sus habitaciones lucian los modelos de los mas celebrados artistas en todos géneros. El lujo habia establecido su imperio en estas tres ciudades de tal suerte, que sino escediera en grandezas tartísticas á Roma la igualara por lo menos. Cuando todo favorecia al esplendor de estas ciudades desaparecieron de repente de la faz de la tierra para dar, como dice Winckelmann, á las futuras generaciones una leccion de historia. El año 63 de la era cristiana segun unos, y 65 segun otros, bajo el imperio de Neron, fueron sumergidas

por la laba y cenizas del Vesubio, Pompeya y Stabia; Herculano sobrevivió á las anteriores ciudades algunos años, y siguió su misma suerte el año 79 bajo el imperio de Tito Vespasiano.

Las artes fueron progresivamente á menos siguiendo la suerte del imperio hasta Constantino el grande; pero si bien nada se hacia mas que imitar mal, los modelos de los buenos tiempos, é inventar objetos de poco gusto tal vez metamorfoseando manos profanas las obras del bueno, particularmente en la escultura, en la que llegó el caso, si hemos de creer á Flaminio Vacca y otros escritores, de que los escultores por falta de suficiencia tomaban las estátuas antíguas, las reformaban y las daban el caracter de las que les pedian, en cuya maligna operacion siempre padecian terribles mutilaciones, se conservaban sin embargo en los templos y casas de los poderosos romanos, asi como en todos los monumentos públicos cuanto se habia hecho de bello y cuanto era suficiente para hacer ver de lo que fue capaz el hombre inspirado, en los felices tiempos en que la libertad protectora inseparable de las artes, premiaba el mérito y recompensaba con coronas de glória y de gratitud las fatigas del artista.

Los preciosos monumentos, obra de tantos siglos, no tardaron en perecer; no bajo el peso terrible de la mano del tiempo que todo lo pulvoriza, sino á la de débiles mortales guiados por el deseo de destruir tan inherente al corazon humano cuando las pasiones hacen callar la voz saludable de la razon. La religion material de los griegos y romanos vino en fin á arruinarse ante una religion espiritual, y revelada la moral á la tierra, los ídolos del templo fueron destrozados sobro el pavimiento de la iglésia. Razonable y justo era que desapareciese la idolatria luego que el evangelio fué proclamado; pero es bien triste que se hermanase la piedad cristiana con la impiedad artística: asi fue sucedió desgraciadamente; el ensalzamiento del cristianismo fue el grito de alarma contra las obras maestras del arte de los antiguos; porque el fanatismo religioso de la época, arruinó los templos y los ídolos no mirando sus bellezas, sino viendo en ellos los objetos de una falsa creencia que era necesario destruir, como si no bastase para ello el privarles del culto que habian tenido hasta entonces, y como si no fuese mas propio para lograr el fin que se proponian, el conservar como curiosidad y adorno lo mismo que habia sufrido adoraciones. Esta es la razon porque despues de Constantino apenas se encuentran vestigios del arte que sufrió en Grecia igual derrota que en todas las provincias del imperio romano. A fin de impedir en Roma tan perjudicial desorden, los encargados del poder nombraron un inspector de estátuas con el título de *Centurio Nitentium Rerum*, á cuyas órdenes se estableció una fuerza militar con el objeto solo de patrullar durante la noche, á fin de impedir se mutilasen ó rompiesen las estátuas y bajos relieves que adornaban las puertas de los edificios públicos, plazas y calles; pero no bastó esta sábia precaucion, pues á medida que la religion cristiana se fortalecia, el odio á las antiguas creencias conducia al pueblo ignorante á saquear y destrozar los templos paganos, y sus mármoles sirvieron para adornar los palacios de los eunucos, que favorecidos por sus señores, eran distinguidos y muy apreciados en la corte de los Constantinos. Una ley se dió por el emperador Honorio á fin de reprimir este desorden que concluia con las bellezas de Roma, segun consta en el código teodosiano; pero ni su poder ni el del mismo Teodosio bastaron á contener á unos hombres que conocedores y prosélitos de la verdad evangélica, estaban desprovistos de ilustracion en otras materias, y que creian de buena fé grato al verdadero Dios el destruir cuanto habian hecho otros hombres á quien habia dotado por su omnipotente bondad de un talento singular é inimitable. Si conocieran los males que causara su error á las venideras generaciones, pues que sin él, ademas de conservarse las obras maestras del arte, se hubiese perpetuado y mostrado al mundo lo ridículo de las falsas religiones é inspirado hácia ellas el menosprecio y abominacion que era lo que movia al gran Teodosio á conservarlas, es indudable que no hubieran llevado hasta la barbarie su furor religioso.

Suspendido el destrozo por un poco tiempo á fuerza de hacerse respetar las leyes, parecia que los pocos restos del arte no sufririan nuevos ataques, pero no fue así; invadiendo los bárbaros del Norte todas las provincias romanas, su destraccion fue mas furiosa y concluyó de sepultar lo poco que se habia librado del anterior naufragio. Los sarracenos al apoderarse del clásico pais de los esmerados griegos, no fueron mas piadosos con las pocas bellezas que los amantes de las artes habian librado de la destruccion universal. En Constantinopla se hallaban como desterrados y acogidos unos pocos restos aun de las grandezas de la señora del mundo, entre ellos el famoso Júpiter Olímpico de Phidias, la Venus de Guido de Praxiteles, la Juno de Samos de Lysippo y otros, pero en la toma de aquella ciudad por Boduin en el siglo III casi todo se perdió reduciéndose á moneda las estátuas de bronce, particularmente la de Samos, y concluyó de perecer en la toma última de la ciudad por Mahometo II emperador de los turcos.

Ocupada enteramente la Europa por los vencedores de los romanos, el arte permaneció en el sepulcro en que le depositaron sus asesinos: su resurreccion estaba reservada á sus primeros ofensores. En efecto, el cristianismo que conoció el craso error de algunos de sus primitivos prosélitos, trató de reparar su agrávio, y cuando se habia perdido por decirlo asi, hasta la memoria de Phidias, Praxiteles, Apeles y Dioscorides, se levantaron sobre una nube de clarisima luz que coronó las cruces de los santuarios de la divina gracia, Rafael, Miguel Angel, el Bramante y otros sabios artistas cuyo divino pincel hizo bien pronto olvidar el agravio hecho á los patriarcas de las primitivas artes. Lorenzo de Medicis, Julio II y Leon X pontífices de

la iglesia y otros hombres sábios y poderosos, protegieron al artista y la resurreccion del pincel, el buril y el cincel fue saludada por el mundo entero, huérfano tantos años de los encantos de la vista artística.

Pero si bien el arte empezó á florecer con tan buenos auspicios, no borró lo moderno la memória de lo antíguo, y cada vez que en una escavacion se hallaba una estátua ú otro obgeto, corrian á él los artistas y amantes del buen gusto á tributar una esclamacion de admiracion y un suspiro en memória de su autor. Deseóse comprender el significado de muchas cosas que se perdiera en la oscuridad de los tiempos, y como probamos en el número anterior, mil ideas absurdas de los escritores modernos, comparadas con lo que habian dicho los antiguos y estaban consignadas en las obras que una mano cariñosa escondiera en los tiempos calamitosos, introdujeron la confusion, y solo un gran prodígio, una grandiosa novedad ocurrida en el siglo XVIII pudiera hacer volver las cosas antíguas al lugar que ocuparon, y su verdadero significado rasgando el misterioso velo que las cubriera.

Hacía mil seiscientos años que Herculano no existía, y aun se ignoraba el sítio que ocupára, cuando la casualidad hizo descubrir en una casa de campo del duque de Lorena, situada en Pórtici, una caverna llena de objetos del arte y de antigüedades de todos géneros. Hiciéronse escavaciones por el instruido Cárlos III, que reinaba entonces en Sicilia, y en diciembre de 1738 se descubrió el teatro de Herculano. Cabando algunos años despues un labrador á una milla de distancia de la ciudad de Torre d'Anunziata, á seis leguas de Nápoles, rompió con su azada el chapitel de una columna, y llevada á Nápoles, estos despojos fueron el orígen del descubrimiento de Pompeya.

Siguiéndose haciendo escavaciones por órden de Cárlos III, y sucesivamente por Fernando I, Joaquin Murat, Francisco I, y por el actual soberano, las dos ciudades van presentando su grandeza arquitectónica, habiéndose descubierto en ellas intáctos los cuadros, muebles, y cuanto corresponde á los usos y costumbres de los tiempos de esplendor y grandeza del arte de los antíguos, como si esprofeso dichas ciudades hubiesen sido un depósito de riquezas escondido á los enunciados desastres, para aparecer dando luz á las artes modernas.

Los estrangeros acuden de todas partes á estudiar en aquel gran libro de lo pasado, y recoger algunos preciosos objetos; pero el gobierno napolitano ambicioso de su misma glória, se ha reservado el derecho de hacer escavaciones en los recintos de Pompeya y Herculano, y si bien permite á particulares y estrangeros el hacerlas en Nola, en la Puilla, Basilicata y otras provincias, no es sin la condicion de que los obgetos preciosos que se encuentren se vendan al muséo real, si este no los tiene ya, para lo que hay encargado un director que forma tribunal en estos casos, con los tres conservadores del muséo.

La Biblioteca Nacional de Madrid, entre las antigüedades de que se compone su muséo, la mayor parte son de las encontradas en Pompeya y Herculano, traidas, á lo que se ha podido averiguar hace poco, por el celoso Cárlos III, para ilustracion del público, y otras conservadas por el inteligente infante D. Gabriel, de cuyo dominio pasaron con su monetario, despues de su muerte, á poder de la biblioteca. En este establecimiento han estado sin culto, por decirlo así, y despreciadas en un rincon, hasta que el celo del gefe que hoy rige las sacó de la oscuridad y del polvo de los sótanos, á ocupar el lugar que las corresponden en el sítio que ocupan, arregladas á índice, conforme se dijo en la Revista-Mensagero del 14 de noviembre de 1835, al dar la primera noticia del magnífico muséo numismático, casi desconocido hasta entonces por los mismos madrileños.

No puede blasonar el muséo de antigüedades de la Biblioteca de Madrid de una gran coleccion como los de Italia, Francia é Inglaterra; pero los pocos obgetos que tiene ya sean ídolos, votos, vasos, lámparas y otras, son preciosas, tanto por sus elegantes formas pertenecientes al mejor tiempo del arte, cuanto porque á su legitimidad se une la perfecta conservacion en que se hallan, habiendo entre ellos algunos no conocidos por *Montfaucon* y demas anticuarios, y no descritos en la grandiosa obra de Herculano, los cuales daremos á conocer á nuestros lectores, asi como tambien algunas antigüedades halladas en escavaciones hechas en España que posee dicho establecimiento. Al hacer la descripcion de los obgetos preciosos de que nos vamos á ocupar, no podremos menos de recordar los tiempos en que se premiaba el mérito, recompensando las fatigas del artista, y de probar que es necesario el apoyo y proteccion del gobierno si se quiere que florezcan las artes, que por sí solas pueden hacer rica y feliz una nacion.

B. S. C.

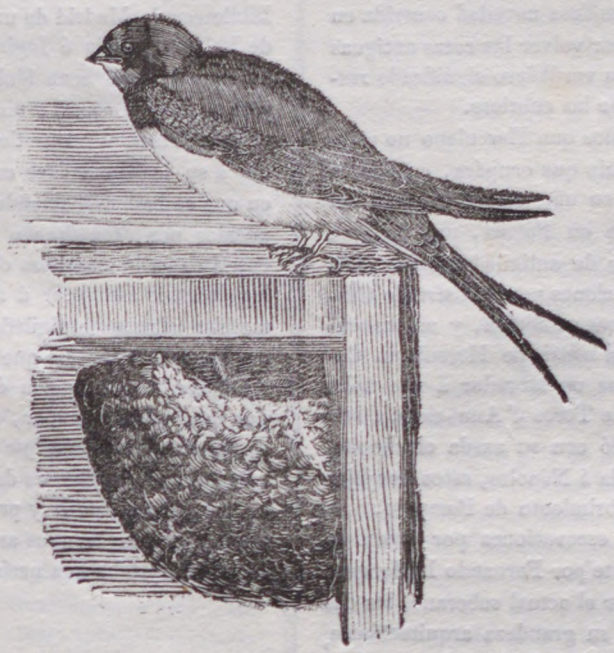
MEJORAS DEL OBSERVATORIO.

Agradecida la Redaccion de este periódico á la grata acogida que ha merecido del público, y anhelando hacerse de dia en dia mas acreedora á su benevolencia, ha admitido en su seno otros vários literatos, que sin traspasar la línea que el periódico se trazó en su marcha, amenizarán y darán á conocer con mayor precision y exactitud, este suelo en que nos gloriamos haber nacido, esta España tan abatida por la envidia estrangera, este pais el mas monumental de la Europa.

Acaso habrán tenido alguna razon nuestros detractores para serlo, acaso la indolencia nuestra les habrá dado motivo para ello; la juventud del siglo XIX protegida por la sensatez de sus compatriotas, no quiere soportar mas ultrajes, quiere despertar el antíguo orgullo nacional, por desgrácia demasiado amortiguado en nuestros dias. A los colaboradores del OBSERVATORIO PINTORESCO, no les ha obligado á coger sus plumas un sórdido interes, sino el deseo de cooperar

en lo posible á la ilustracion y felicidad de su pátria, y por lo tanto no perdonarán sacrifício para conseguirlo. Ahora se proponen desmentir las opiniones erróneas que de nuestro pais han circulado escritores de bastante nota, por lo que respecta á la história, geografía y costumbres, conmentando sus fabulosas proposiciones, y caminando desde los elevados Pirineos, hasta las columnas de Hércules, descubrir las particularidades de los monumentos cartagineses, romanos, godos, árabes y españoles modernos, con la imparcialidad que los caracteriza, y con las observaciones de los artistas que hoy honran nuestra nacion: Buscarán hasta en las entrañas de la tierra las obras maestras del arte, y nunca se olvidarán, como desde un princípio lo ofrecieron, de los grandes hombres que han florecido en nuestra España. Ultimamente, presentarán documentos ineditos muy apreciables y selectos, que por largo tiempo ha cubierto el polvo de los archivos, adquiridos á fuerza de constáncia y de laboriosidad; y para cumplir mejor su promesa, van á salir dos jóvenes á dibujar los monumentos de nuestras províncias conocidos únicamente de los habitantes que los cercan y de los viageros admiradores. Estos les proporcionarán otros dibujos mas fieles acerca de los conocidos, y recogerán noticias documentadas sobre los usos y costumbres de la edad média, cuyo orígen se ignora por no haberse trabajado con constáncia en adquirirle.

Ademas de las referidas mejoras en la parte literária y artística; y sin embargo del acrecentamiento de gastos, la empresa espera que en los meses sucesivos, la parte tipográfica aparecerá mucho mas elegante, por el mayor esmero con que se verificará el tirado, circunstáncia que se puede llamar de vida ó muerte en los periódicos de esta espécie.



La Golondrina.

Este pájaro, que en el verano frecuenta nuestras ciudades, tiene derecho á nuestro afecto, pues nos libra de la nube de insectos que infestarian las habitaciones, los campos y el aire que respiramos, sin la guerra de estermínio que les hace constantemente. En casi todos los paises es respetada la golondrina por los cazadores, y en los del Asia, invadidos por multitud de insectos, hay leyes severas que castigan al imprudente que mata al mas pequeño indivíduo de aquella preciosa espécie.

La golondrina hace su nido con notable habilidad. Su construccion por la parte de afuera es de una fábrica sólida, y por dentro de una capa suave y cálida, própia para sus hijuelos. Estos nidos, de un tamaño considerable, causan un trabajo penoso á estos pájaros, que no tienen un momento que perder; pues en el intervalo de seis meses deben sacar hasta tres crias.

Los socorros mútuos y las ventajas de la asociacion, no les son desconocidas; pues si alguno de sus nidos ha sido maltratado ó destruido, al momento acuden á los gritos dolorosos de la desconsolada pareja, y una multitud de picos conducen materiales y los colocan en médio de un gorjeo que resuena á lo lejos. Esta turba, no menos laboriosa que vocinglera, termina prontamente su trabajo, y algunas veces reedifica en menos de una hora, lo que sus propietários no hubieran podido concluír en quince dias.

La espécie de que hablamos no es la que manifiesta mas su instinto social; pero el de la *golondrina republicana* es admirable. Sus nidos siempre reunidos en mucho número y distribuidos con órden en la fachada de alta y ancha pared, forman en cierto modo una ciudad aérea; en ella tienen vigias que velan por la seguridad comun, y en el visible tumulto de su circulacion estraordináriamente activa, se cree advertir actos de una autoridad pública, senténcias y castigos.

Nota. Mañana recibirán la litografía los Sres suscritores..

Editor responsable. R. SOLA.

IMPRENTA DE LA COMPAÑIA TIPOGRAFICA
Calle del Leon, núm. 21.—Madrid: 1837.